

EL GUEPARDO ENGREÍDO



rased una vez un guepardo de piel dorada, salpicada de manchas redondas de azabache que habitaba a muchas leguas de Cantabria, en la inmensa sabana africana. A diferencia de otros felinos, dos líneas negras, que parecían lágrimas, descendían desde la parte interna de los ojos hasta el hocico. De peso ligero, largas patas y potente musculatura, alcanzaba una velocidad tan increíble, que no en vano era considerado el depredador más rápido del mundo.

Cada día recorría la espesura de punta a punta, en busca de la admiración de amigos y vecinos.

— Adiós, Señor Caracol —saludaba el guepardo siempre que adelantaba a éste, deseoso de despertar su envidia.

El caracol, que no era envidioso, respondía con mucha educación:

— Adiós, Señor Guepardo. Que tenga un feliz día.

El felino disfrutaba adelantando una y otra vez al caracol, al que consideraba torpe e inútil. Era tal la velocidad que alcanzaban sus patas que podía dar cientos de vueltas a la sabana, mientras el caracol apenas recorría unos metros.



En una de esas carreras, el guepardo giró la cabeza al pasar junto al caracol; quería contemplar la cara de tonto que se le quedaba al verle correr con tanta rapidez.

Estaba tan pendiente de sí mismo que no se fijó en la presencia de un árbol, y se estrelló irremediabilmente contra él. Debido al intenso dolor que le produjo el golpe, el guepardo cayó desmayado.

Cuando el caracol llegó hasta el lugar donde yacía el guepardo, le encontró inconsciente, lleno de moretones, sangrando y con la lengua fuera.

— ¡Señor Guepardo! ¡Señor Guepardo! ¿Puede oírme? —preguntó, asustado, el caracol.

El felino permanecía inmóvil sin dar señales de vida.



El caracol, angustiado de verle en tan lamentable estado, le dio unos toquitos con sus cuernos más cortos, para despertarle, pero el guepardo no reaccionaba. Llegó hasta su boca, donde se detuvo un momento para comprobar si respiraba.

¡Aleluya! ¡Estaba vivo! Pero debía buscar ayuda cuanto antes, si quería salvarle.

— ¡Socorro! ¡Socorro! —exclamó el caracol.

Un halcón, alertado por los gritos de auxilio, descendió desde los cielos.

— ¿Qué le ha ocurrido al Señor Guepardo? —preguntó.

— Ha tenido un accidente —respondió—. Rápido, vete en busca de mis hermanos, los caracoles. Nuestra baba ayudará a cicatrizar las heridas, reconstruyendo la piel del guepardo.

— Por supuesto que lo haré. Mas, antes, hemos de protegerle del asfixiante calor. Si no, morirá deshidratado o de una insolación.

— Tiene razón, Señor Halcón, pero, ¿qué podemos hacer?

— ¡Tengo una idea! Pediremos ayuda al Señor Cóndor; suele volar por estos lugares. Tiene unas alas enormes con las que podrá resguardarle. Si gritamos con fuerza, seguro que nos escuchará y vendrá en nuestro auxilio.

El halcón y el caracol repitieron una y otra vez:

— ¡Señor Cóndor! ¡Señor Cóndor! ¡Socorro!

El cóndor, que volaba tranquilamente contemplando el paisaje, alarmado por los gritos, respondió:

— ¿Qué ocurre?

El halcón y el caracol le explicaron lo sucedido.

—Le cubriré para darle sombra; así estará seguro —dijo el cóndor, desplegando sus inmensas alas.

En pocos minutos llegó el halcón llevando sobre su cuerpo a cientos de caracoles, que se deslizaron por sus alas hasta llegar al guepardo herido. Recorrieron su cuerpo de la cabeza a la cola, una y otra vez, para recubrir por completo sus heridas. Las propiedades sanadoras de las babas de los caracoles le dejaron la piel perfecta, sin ninguna cicatriz.

Cuando el guepardo recobró el conocimiento, el halcón, el cóndor y el caracol le explicaron lo ocurrido. El guepardo, con lágrimas en los ojos, les agradeció que le salvaran de una muerte segura. Sin levantar los ojos del suelo, pidió perdón al caracol por haberse burlado de él.

Había aprendido la lección: todos los seres vivos tienen maravillosas cualidades; diferentes, pero de igual importancia. Son talentos que deben utilizarse para ayudar a los demás y no para presumir de ellos.

FIN